

<sup>34</sup> Tras vender sus propiedades guatemaltecas a Del Monte, la UFC se fusionó con United Brands. El plan de Berle, para marzo de 1953, era apoyar a un grupo re-

belde asentado en Nicaragua. Véase Berle y Jacobs (eds.), *Berle*, pp. 617-618; y Schlesinger y Kinzer, *Bitter Fruit*, pp. 102-104, 221, 224, 229.

## Los indicios no funcionaron: comentario a “La CIA y Castillo Armas en Guatemala”

Stephen G. Rabe

**F**rederick Marks sostiene que los académicos han sobrevalorado el papel de Estados Unidos y de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) al explicar el derrocamiento del gobierno del guatemalteco Jacobo Árbenz Guzmán. En lugar de eso, el autor ve una rebelión popular anticomunista en la que el Ejército de Liberación del coronel Carlos Castillo Armas derrota a las fuerzas de Árbenz. Marks admite que la CIA se metió en Guatemala pero especula acerca de que “el preciso valor de la ayuda estadounidense para garantizar el éxito de la revolución tal vez nunca se sepa”. Sin embargo, a fin de cuentas, Marks está de acuerdo con el funcionario del Consejo de Seguridad Nacional, Robert Cutler, en cuanto a que la ayuda estadounidense fue “indirecta” y “muy menor”.

El autor polemiza directamente con los historiadores “que siguen la línea de Árbenz” al conferirle a la CIA la responsabilidad central del *golpe de estado*. En particular, Marks critica los influyentes estudios de Richard Immerman y

Stephen Kinzer, publicados en la década de los ochenta. Curiosamente, Marks no cita las obras de Blanche Wiesen Cook y Bryce Wood.<sup>1</sup> Estos académicos también concluyen que Estados Unidos desestabilizó al gobierno de Árbenz. En buena medida, Marks critica a los historiadores, como Stephen Ambrose y yo, que se han basado en estos cuatro libros al analizar la política exterior de la administración de Eisenhower.

Hay que reconcerle a Marks que se haya concentrado en la dinámica interior de la revolución guatemalteca. Al analizar las relaciones interamericanas, los académicos deben tener el cuidado de no retratar a Latinoamérica como el objeto de la política exterior de EUA. Pero si Marks quiere respaldar su tesis, está obligado a confrontar los materiales de fuentes primarias que contradicen su argumento. Marks no puede ignorar las evidencias incómodas. El artículo está plagado de errores de interpretación y se basa en fuentes cuestionables.<sup>2</sup>

Este comentario se concentra en los princi-

pios de la investigación académica. El historiador está obligado a examinar las fuentes que tenga a su alcance y a revisar aquellas que ya hayan sido empleadas. Pero antes de examinar las fuentes, hay que abordar algunas de las numerosas aseveraciones incendiarias de Marks.

A lo largo del escrito, Marks reitera que “el comunismo constituía una genuina amenaza” y que Guatemala estaba “lista para que los comunistas tomaran el poder”. Aunque Marks nunca define el término “comunismo”, presumiblemente se refiere a que Guatemala estaba a punto de convertirse en una avanzada del Kremlin. Sin embargo, la administración de Truman nunca presentó ese cargo. Ésta señaló, en 1951, por ejemplo, que “no obstante que con frecuencia es poco entusiasta, Guatemala por lo general respalda la postura de Estados Unidos en la ONU”.<sup>3</sup> Más aún, la administración de Eisenhower aceptaba en privado que no podía probar la influencia soviética. En agosto de 1953, la Oficina de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado de EUA calculaba que había “dos o tres docenas” de dirigentes comunistas en Guatemala y que “casi sin excepción son nativos de la zona y que más bien están entrenados en México, no en Moscú, aunque algunos de ellos han visitado la órbita soviética y allá pudieron haber recibido algún entrenamiento”.<sup>4</sup> El 11 de mayo de 1954, el secretario de Estado, John Foster Dulles, le comentó al embajador brasileño que “sería imposible obtener alguna prueba clara que relacionara al gobierno guatemalteco con Moscú; que la decisión tiene que ser política y basada en nuestra profunda convicción de la existencia de semejante vínculo”.<sup>5</sup> Un año después, una vez que los analistas estadounidenses dedicados al espionaje revisaron la documentación guatemalteca, a Dulles se le informó que “nada definitivo” se había encontrado que vinculara a la Guatemala comunista con la Unión Soviética.<sup>6</sup> De hecho, Guatemala pagó en dólares un embarque de armas proveniente de Checoslovaquia. Sin embargo, una presentación equilibrada señalaría que Estados Unidos se negó a venderle armas a Guatemala y que presionó a las europeos occidentales para que no le vendieran *matériel*

militar a Guatemala.<sup>7</sup> Tal vez un gobierno desesperado, consciente de la inminencia de una intervención, decidió comprar armas en donde las encontró.

Marks arguye que, además de ser obediente a Moscú, el gobierno de Árbenz era ilegal, tras arreglar la elección presidencial de 1950. La oposición sostuvo que el gobierno había manipulado a la mayoría indígena, manumitada durante la administración de Juan José Arévalo (1944-1950). Sin embargo, el Departamento de Estado de EUA no adoptó esa postura. De hecho, éste dió la bienvenida al triunfo de Árbenz en una elección con varios candidatos en la cual los guatemaltecos acopiaron una votación superior al 60 por ciento. La embajada en la ciudad de Guatemala informó que era “optimista” sobre su elección y que “caracterizaría a Árbenz como un arbenzista y un realista, más que como una persona casada con principios ideológicos”. El asistente del secretario de Estado de EUA, Edward Miller, estuvo de acuerdo, y predijo que Árbenz frenaría el ritmo del cambio en Guatemala porque él era una persona de dinero y tenía plantaciones cafetaleras.<sup>8</sup> En la posguerra, el fraude electoral al mayoreo en Guatemala dio comienzo tras la toma del poder de Castillo Armas, quien reinstaló la medida según la cual sólo podían votar los guatemaltecos que supieran leer y escribir y exigió que los guatemaltecos declararan abiertamente sus preferencias presidenciales. Como era de preverse, Castillo Armas ganó más del 99 por ciento de los votos en la elección de octubre de 1954.

También parece exagerada la caracterización de la oposición internacional e interna a Árbenz. Marks observa bien que dictadores como Juan Manuel Gálvez de Honduras, Anastasio Somoza de Nicaragua, Marcos Pérez Jiménez de Venezuela y Rafael Trujillo de la República Dominicana se afanaron por socavar la revolución guatemalteca. Estos tiranos se oponían insistentemente a los gobiernos reformistas. Los nicaragüenses, bajo el gobierno de los Somoza, intentaron derrocar varias veces al gobierno costarricense de José Figueres. En 1960, los agentes de Trujillo trataron de asesinar al dirigente de Venezuela, Rómulo Betancourt,

electo popularmente.<sup>9</sup> Pero estos ataques a los dirigentes democráticos no fueron fomentados por asuntos de la guerra fría. Durante el final de la década de los cuarenta, los dirigentes de la “izquierda democrática” de la cuenca del Caribe —Arévalo, Betancourt, Juan Bosch de la República Dominicana, Figueres y Ramón Grau San Martín de Cuba— juraron derrocar a los dictadores y patrocinaron operaciones de filibusteros en su contra. Los dictadores se vengaron por medio de ataques a Árbenz, Betancourt y Figueres. Al etiquetar a sus opositores como “comunistas”, los dictadores caribeños sabían que tañirían una cuerda sensible en Washington. Irónicamente, los dictadores, como Fulgencio Batista de Cuba y Pérez Jiménez, forjaron alianzas políticas con sus propios partidos comunistas.<sup>10</sup>

En el interior, la revolución guatemalteca enfrentó una resistencia decidida y amplia. El cambio en Latinoamérica es siempre arduo y tumultuoso. El presidente Arévalo, quien patrocinó una legislación social y urbana moderada para beneficio de los grupos urbanos, sobrevivió a más de veinte intentos de golpes de estado. La iniciativa de Árbenz, el Decreto 900, atacó la estructura de la desigualdad socioeconómica en el campo guatemalteco. Poco más del 2 por ciento de los terratenientes controlaban el 72 por ciento de las tierras de cultivo. Veintidós propietarios tenían en sus manos el 13 por ciento de la tierra y controlaban a 250,000 campesinos. Estas élites latifundistas, como era predecible, intentaron subvertir la reforma agraria.<sup>11</sup> Claro está que en México durante su revolución y en Chile bajo Salvador Allende también se dieron furiosas defensas de los privilegios, y hoy continúan en Brasil y El Salvador.

Si bien Marks nos recuerda que algunos guatemaltecos se opusieron a Árbenz y a la reforma agraria, por otra parte distorsiona la naturaleza y la extensión de la oposición. Marks sugiere que no sólo los terratenientes, sino también los campesinos, se opusieron al Decreto 900, al afirmar que “el hombre común y corriente tuvo problemas para distinguir entre reforma agraria y hurto descarado”. Pero en un reciente examen académico de la política rural guatemalteca

durante la revolución, Jim Handy calcula que, bajo el Decreto 900, 100,000 familias campesinas recibieron tierra, lo que benefició directamente a 500,000 personas en una población de 3 millones. Aun así, las ligas campesinas se quejaron de que la distribución de la tierra se demorase tanto y dirigieron invasiones en las tierras que por generaciones habían codiciado.<sup>12</sup> La investigación de Handy respalda el trabajo de campo conducido tras el *golpe* por el antropólogo Richard Newbold Adams. Tras entrevistar a los dirigentes campesinos encarcelados por el régimen de Castillo Armas, este antropólogo encontró que ellos estaban de acuerdo con la propagación de la democracia, con la redistribución de la tierra y con el mejoramiento de las leyes laborales. El Decreto 900 fomentó una revolución verde, más que roja, en el campo guatemalteco.<sup>13</sup>

La jerarquía de la Iglesia católica guatemalteca respaldó al *golpe*. Esto no tiene nada de extraordinario, pues hasta hace poco la Iglesia fue aliada de la oligarquía terrateniente y de los militares, la insantísima trinidad latinoamericana. Como sea, según la descripción del embajador de EUA, Rudolf E. Schoenfeld, los analistas del área de inteligencia y los académicos contemporáneos, la Iglesia guatemalteca era a duras penas “una institución próspera” en “un país profundamente católico”. En lugar de eso, la Iglesia era “extremadamente débil” en “un país profundamente anticlerical”.<sup>14</sup> Más aún, estaba “limitada por la parquedad de sus recursos, el reducido número de sacerdotes en relación con la población” y el hecho “de que la mayoría de los sacerdotes estaban sujetos a la deportación”.<sup>15</sup> Reconociendo aparentemente esta debilidad institucional, la CIA ayudó a la jerarquía católica sembrando cartas pastorales en contra de Árbenz en la prensa latinoamericana y arrojándolas desde aviones por las áreas más distantes de Guatemala.<sup>16</sup>

Tal vez los opositores al comunismo, la reforma agraria, las condiciones justas para los trabajadores y la justicia social habrían logrado derrocar al gobierno de Árbenz sin ayuda del exterior. Desde 1954, las fuerzas de la reacción habían demostrado su eficacia y osadía. Unos

100,000 guatemaltecos habían muerto por causa de la violencia política, la mayoría en manos de escuadrones de muerte militares o anticomunistas. Sin embargo, Árbenz cayó cuando Estados Unidos intervino en Guatemala. Este esfuerzo no fue “muy menor” sino que representó, como ha escrito Bryce Wood, una “intervención armada y una intromisión en la política interna en una escala que no se había visto en el continente desde que los infantes de marina invadieron Nicaragua en 1926”.<sup>17</sup>

Marks concede que Estados Unidos reclutó, entrenó y equipó al ejército de Castillo Armas y que de hecho se sumó a la rebelión al suministrar apoyo aéreo, misiones de reconocimiento y comunicaciones radiales desde tierra. También reconoce que Estados Unidos realizó una amplia campaña de propaganda y desinformación en contra de Guatemala, en particular a través de la operación de la radio clandestina, la Voz de la Liberación. Para usar las palabras de Marks, “requiere un extraordinario salto imaginativo” el caracterizar a estos esfuerzos como “indirectos” o “muy menores”. Pero la campaña de desestabilización fue más allá de lo que señala el autor. Estados Unidos emprendió una guerra económica en contra de Guatemala. Frenó la ayuda económica y los programas de asistencia tecnológica, como *Point IV* y el programa de la carretera interamericana, bloqueó los préstamos a Guatemala del Export-Import Bank y del World Bank, y presionó a las compañías cafetaleras para que no importasen café guatemalteco.<sup>18</sup> Lo que es más: a mediados de 1954, Estados Unidos empezó a rastrear y a detener las embarcaciones que se dirigían a Guatemala, con la esperanza de generar un caos económico.<sup>19</sup>

Estados Unidos concentró sus esfuerzos especialmente en enemistar a los militares guatemaltecos con Árbenz, negó la ayuda militar a Guatemala y concedió nuevos paquetes a Honduras y Nicaragua, demostrándoles así a los oficiales del ejército “que el actual régimen no sirve a los mejores intereses de ninguna nación o a los de él mismo”.<sup>20</sup> La CIA también pudo haber sobornado a altos funcionarios.<sup>21</sup> Los analistas estadounidenses siempre calcularon que “el ejército

es el único elemento organizado en Guatemala capaz de alterar la situación política rápida y decisivamente”. Pero de permanecer unido, el ejército era capaz de “derrotar a cualquier fuerza que enviaran en su contra los gobiernos de El Salvador, Honduras y Nicaragua”.<sup>22</sup>

Una vez que las fuerzas de Castillo Armas cruzaron la frontera guatemalteca, Estados Unidos continuó su campaña en contra de Árbenz. El embajador John Peurifoy recibió autorización para anunciar una evacuación de ciudadanos estadounidenses con el fin de incrementar la tensión en la ciudad de Guatemala.<sup>23</sup> El embajador exigió asimismo que el coronel Carlos Enrique Díaz, jefe de las Fuerzas Armadas guatemaltecas, derrocará a Árbenz, y luego insistió en que Díaz se hiciera a un lado cuando se vio que éste era demasiado independiente. De ahí que, por órdenes del secretario de Estado, Dulles, “de aplastar unas cuantas cabezas”, Peurifoy colocara la inclusión de Castillo Armas en la junta de gobierno como el precio por el reconocimiento diplomático y el apoyo económico de Estados Unidos.<sup>24</sup>

Al evaluar la naturaleza del régimen de Árbenz o el alcance de la intervención de EUA, los académicos pueden meterse en un rico e intenso debate. Sin embargo, lo que resulta tan problemático de este artículo es el descuido de algunas fuentes y el uso selectivo de otras. Tal vez la afirmación más provocativa de Marks sea que las fuerzas de Castillo Armas lucharon bien y a veces en contra del ejército guatemalteco. Los agentes y funcionarios de la CIA que participaron en la intervención y que han hablado sobre su papel no ofrecen tales juicios. E. Howard Hunt y David Phillips, operativos de la CIA, ridiculizan las dimensiones y las habilidades para la lucha del “Ejército de Liberación”. Phillips escribe que la batalla de Esquipulas fue una ficción creada por la Voz de la Liberación.<sup>25</sup> En entrevistas, el director, encargado Richard Bissell ha enfatizado que la CIA suministró a los insurgentes lo que no tenían: “liderazgo, organización, iniciativa y habilidad”.<sup>26</sup> Los hombres de la CIA, desde luego, pueden pecar de orgullosos, pero hay que examinar lo que dicen. Sólo en una versión revisada del

artículo, la cual me llegó mientras preparaba este comentario, Marks incluyó a Phillips en sus notas al pie, pero incluso entonces puso a Phillips con aquellos que “siguen la línea de Arbenz”. Más adelante, Marks explica que Phillips era un agente “desilusionado”.

Para apuntalar sus argumentos, Marks incluye fuentes británicas y canadienses pero inexplicablemente no cita el fondo 714.00 de los archivos del Departamento de Estado de EUA. Los editores del *FRUS* advierten a los investigadores que “numerosos telegramas y despachos provenientes de Guatemala que informan de las actividades de los seguidores de Castillo Armas están en el fondo 714.00”.<sup>27</sup> Pero lo publicado en el *FRUS* arroja alguna duda sobre las habilidades guerreras de los insurgentes. La invasión empezó el 18 de junio de 1954. El 20 de junio, la CIA informó al presidente Eisenhower que el resultado estaba en duda y que dependía del ejército guatemalteco, el cual tenía la capacidad para derrocar a Árbenz o para derrotar a Castillo Armas. Las fuerzas de Castillo Armas habían aumentado a 600 hombres armados y habían realizado algunas tareas de sabotaje. Pero la invasión “no es en ningún sentido una operación militar convencional”. Se calculó para “crear y mantener durante un breve tiempo la impresión de una fuerza militar sustancial”. Por medio del respaldo aéreo y del “uso masivo de las emisiones radiofónicas”, la CIA trabajaba para respaldar “la impresión de la fuerza de Castillo Armas así como para extender la impresión de la debilidad del régimen”.<sup>28</sup>

Los informes provenientes de Guatemala siguieron enfatizando el estatus incierto de las fuerzas invasoras. El 22 de junio, Eisenhower aprobó la petición del director de la CIA, Allen Dulles, para reabastecer de aviación a Castillo Armas. Sin embargo, Dulles calculaba que pese a todo la insurgencia tenía apenas un 20 por ciento de probabilidades de éxito.<sup>29</sup> El mismo día, su hermano informó que “no había habido desertiones significativas” en las fuerzas armadas guatemaltecas. El 25 de junio, el secretario Dulles postergó una reunión interamericana para considerar al caso guatemalteco, pues

temía que fracasara Castillo Armas.<sup>30</sup> El 27 de junio la milicia guatemalteca aceptó las demandas de Peurifoy y forzó la renuncia de Árbenz, pero sólo tras informar al embajador que el “ejército podía hacerse cargo de las fuerzas de tierra de Castillo Armas, pero no de su aviación”.<sup>31</sup> La milicia guatemalteca sin duda quería defender su reputación, pero presumiblemente los funcionarios de Relaciones Exteriores o de la CIA tenían ganas de informar a Eisenhower y a los hermanos Dulles que los insurgentes barrían imparables a las milicias guatemaltecas.

La manera en la que Marks usa otras fuentes suscita dudas. Marks cita siete veces el libro de Ronald Schneider, *Communism in Guatemala*. A Schneider se le concedió acceso especial a los archivos de Guatemala confiscados por Estados Unidos luego del golpe. El estudio de Schneider se publicó en 1958 en la serie de Frederick A. Praeger sobre historia rusa y comunismo mundial, proyecto, se sabe, financiado por la CIA.<sup>32</sup> Schneider respalda en parte a Marks, pues él llega a la conclusión de que “un puñado de comunistas con relativa experiencia” se apoderó del liderazgo de la revolución guatemalteca.<sup>33</sup> Pero Marks se rehusó a citar a Schneider al analizar el golpe. Schneider llega a la conclusión de que “un pequeño grupo de soldados profesionales que encabezaban las fuerzas regulares” derrocó a Árbenz. El Ejército de Liberación “no era impresionante” y fue contenido por fuerzas leales al gobierno. “No se materializó” un levantamiento popular en favor de Castillo Armas. Las batallas, de las cuales dieron abundante información los periódicos del mundo, fueron “zafarranchos” que involucraron a unos cuantos soldados de infantería y que causaron pocas bajas.<sup>34</sup>

Otros pueden sacar sus conclusiones sobre la objetividad de títulos tan “variopintos” empleados como fuentes, como *Red Design for the Americas* o *El libro negro del comunismo en Guatemala*. Dos obras que son esenciales para Marks son *Guatemala* de Amy Jensen (1955) y *Así se gestó la liberación* (1956), una publicación del gobierno guatemalteco. Marks cita ocho veces a Jensen y la elogia por ser “la única relación que se consigue actualmente y que

describe exacta y cabalmente lo que ocurrió en Guatemala durante el Movimiento de Liberación". Marks agrega: "Por desgracia, la versión de Jensen no tiene un respaldo documental." Jensen, en efecto, presenta conmovedoras descripciones heroicas del Ejército de Liberación en guerra. ¡En una batalla se las arregló para incluir paracaidistas!<sup>35</sup> Pero hay una pista del lugar en el que pudo haber obtenido sus datos. Ella usa estas frases: "la radio de 'liberación' dijo"; "Armas explicó que la batalla transcurría lentamente"; y "el 'Ejército de Liberación' tras obtener el control de los estados de Abal, Zacapa y Chiquimula".<sup>36</sup> Quién sabe, tal vez Jensen sintonizaba con frecuencia la Voz de la Liberación, la estación desinformativa de la CIA.

*Así se gestó la liberación*, publicado por el Ministerio de Asuntos Públicos, Cultura y Turismo, es el relato del golpe del Ejército de Liberación. Está dedicado a Castillo Armas y a sus fuerzas. Marks cita nueve veces esta obra y seis a su acompañante, *Así se hizo la liberación* (1976). Marks concede que *Así se gestó* fue punto de partida para el más nuevo *Así se hizo*, su otra fuente importante en español. Emplea minuciosamente *Así se gestó* para describir la campaña militar del Ejército de Liberación. El recuento oficial, al igual que el de Marks, enfatiza la importancia de las batallas por tierra y disminuye el efecto del apoyo aéreo. De hecho, es mucho más limitado que la otra fuente im-

portante de Marks en inglés —Amy Jensen—. Por desgracia, en esta ocasión no hubo paracaidistas.

En *Así se gestó*, el gobierno niega indignado que el Ejército de Liberación recibiera ayuda extranjera. "¡Ninguna mentira ha sido tan grande!"<sup>37</sup> Semejantes negativas deberían advertir al académico de que las fuentes partisanas deben emplearse con precaución. La intervención de EUA ha sido el asunto central en las relaciones interamericanas en el siglo XX. Ningún insurgente latinoamericano agradecería públicamente a su benefactor, la CIA. En 1960-1961, por ejemplo, la CIA ayudó a los dominicanos que se complotaron contra y luego asesinaron a Rafael Trujillo.<sup>38</sup> Pero como se encontró un académico que revisaba la literatura sobre la muerte de Trujillo, los dominicanos, por motivos nacionalistas, han negado que recibieran ayuda fundamental por parte de Estados Unidos.<sup>39</sup> Para conservar los principios de la investigación académica, el historiador debe plantear preguntas arduas a fuentes como *Así se gestó* y explicar por qué los enemigos de Árbenz son testigos confiables.

Así las cosas, al evaluar el carácter y la naturaleza del papel de Estados Unidos en la destrucción del gobierno de Jacobo Árbenz Guzmán, los historiadores deberán seguir consultando los estudios de Blanche Cook, Richard Immerman, Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer, y Bryce Wood.

## Notas

<sup>1</sup> Blanche Wiesen Cook, *The Declassified Eisenhower: A Divided Legacy* (Nueva York, 1981), pp. 217-292; Bryce Wood, *The Dismantling of the Good Neighbor Policy* (Austin, 1985), pp. 152-190.

<sup>2</sup> Ya había yo comentado este trabajo. Marks lo presentó al congreso de la SHAFR en la American University. Mis comentarios escritos son sustancialmente idénticos a los que yo presenté en ese congreso. Los otros miembros de la mesa fueron: Mary Jane Hogan, de la Universidad Estatal de Idaho, Richard Immerman, de la Universidad de Hawaii.

<sup>3</sup> Declaración política preparada en el Departamento de Estado, 2 de mayo de 1951, Departamento de Estado de EUA, *Foreign Relations of the United States*, 1951

(Washington, 1980), 2, p. 1434 (en adelante *FRUS*, con año y volumen). Véase también el borrador de una conferencia política preparada por la Oficina de Asuntos Interamericanos, 19 de agosto de 1953, *ibid.*, 1952-1954 (Washington, 1983), 4, p. 1082.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 1080.

<sup>5</sup> Memorandum de la conversación del secretario de Estado de EUA, 11 de mayo de 1954, *ibid.*, p. 1106.

<sup>6</sup> Asistente del secretario de Inteligencia, W. Park Armstrong, citado por Richard H. Immerman, *The CIA in Guatemala; The Foreign Policy of Intervention* (Austin, 1982), p. 185.

<sup>7</sup> El secretario de Estado en funciones a la embajada en Portugal, 14 de abril de 1954, *FRUS*, 1952-1954, 4,

pp. 1098-1099; memorándum del asistente del secretario de Estado para los Asuntos Interamericanos al secretario de Estado, 24 de mayo de 1954, *ibid.*, pp. 1124-1126.

<sup>8</sup> Milton Wells, embajada en la ciudad de Guatemala, al Departamento de Estado de EUA, 15 de noviembre de 1950, *ibid.*, 1950 (Washington, 1976), 2, p. 924; Miller citado en la Comisión Legislativa sobre Relaciones Exteriores, *Selected Executive Session Hearings of the Committee, 1951-1956* (Washington, 1980), 16, p. 398.

<sup>9</sup> Robert A. Pastor, *Condemned to Repetition: The United States and Nicaragua* (Princeton, 1987), pp. 29-31; Stephen G. Rabe, *The Road to OPEC: United States Relations with Venezuela, 1919-1976* (Austin, 1982), pp. 141-142.

<sup>10</sup> Charles D. Ameringer, *The Democratic Left in Exile: The Antidictatorial Struggle in the Caribbean, 1945-1959* (Coral Gables, 1974), pp. 58-110; Morris H. Morley, *Imperial State and Revolution: The United States and Cuba, 1952-1986* (Nueva York, 1987), p. 36; Rabe, *Road to OPEC*, p. 127.

<sup>11</sup> Jim Handy, "The Most Precious Fruit of the Revolution": The Guatemalan Agrarian Reform, 1952-1954", *Hispanic American Historical Review*, 68 (noviembre de 1988), pp. 667-683.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 687-696.

<sup>13</sup> Stokes Newbold [Richard Newbold Adams], "Receptivity to Communist Fomented Agitation in Rural Guatemala", *Economic Development and Cultural Change*, 5 (julio de 1957), pp. 338-361.

<sup>14</sup> Informe del embajador Schoenfeld, 28 de octubre de 1953, *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1087.

<sup>15</sup> Cálculo de la Inteligencia Nacional sobre Guatemala, 19 de mayo de 1953, *ibid.*, p. 1066. Véase también Ralph Lee Woodward, Jr., *Central America: A Nation Divided* (Nueva York, 1976), pp. 101-102, 169.

<sup>16</sup> E. Howard Hunt, *Undercover: Memoirs of an American Secret Agent* (Nueva York, 1974), pp. 98-99.

<sup>17</sup> Wood, *Dismantling of the Good Neighbor*, p. 157.

<sup>18</sup> Memorándum de la conversación de Edward Clark de la Oficina de Asuntos Centroamericanos, 5 de febrero de 1952, *FRUS 1952-1954*, 4, pp. 1027-1030; memorándum del Departamento de Estado de EUA sobre su conversación con los importadores de café, 25 de noviembre de 1953, *ibid.*, pp. 1088-1091; Cook, *Declassified Eisenhower*, p. 238.

<sup>19</sup> Cook, *Declassified Eisenhower*, pp. 268-269.

<sup>20</sup> Oficina de Inteligencia Nacional de la CIA citada en *ibid.*, p. 240. Véase también el memorándum sobre Guatemala de Louis J. Halle del Equipo de Planeación Política, 28 de mayo de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1144.

<sup>21</sup> Wood, *Dismantling of the Good Neighbor*, pp. 166-167; Hunt, *Undercover*, pp. 99-100.

<sup>22</sup> Cálculo de la Inteligencia Nacional sobre Guatemala, 19 de mayo de 1953, *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1067;

borrador sobre conferencia política preparado por la Oficina de Asuntos Interamericanos, 19 de agosto de 1953, *ibid.*, p. 1081. Hasta después que Castillo Armas se volviera presidente, el Departamento de Estado de EUA juzgó que el ejército estaba "en las mejores condiciones para determinar al próximo gobierno y su orientación". Véase secretario de Estado al secretario de Defensa, 27 de octubre de 1954, *ibid.*, pp. 1234-1236.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 1181, n. 3.

<sup>24</sup> Dulles citado en carta de Peurifoy al Departamento de Estado de E.U., 7 de julio de 1954, *ibid.*, pp. 1202-1208. Véase también los telegramas y llamadas telefónicas de Peurifoy a Washington entre el 27 y el 29 de junio de 1954, *ibid.*, pp. 1189-1197.

<sup>25</sup> David Atlee Phillips, *The Night Watch* (Nueva York, 1977), pp. 42-50; Hunt, *Undercover*, pp. 98-100.

<sup>26</sup> Entrevista con Bissell en la serie Frontline de la PBS, *The Crisis in Central America*, parte 1: "The Yankee Years" (1985). El documental muestra también fotografías fijas y filmaciones documentales de las fuerzas de Castillo Armas al cruzar la frontera de Guatemala. El número de los insurgentes parece ser reducido; no llevan uniforme y están ligera e irregularmente armados. Se tiene una impresión semejante después de ver las fotografías del Ejército de Liberación que están incluidas en la publicación oficial del gobierno de Castillo Armas, *Así se gestó la liberación* (Guatemala, 1956).

<sup>27</sup> *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1173.

<sup>28</sup> Allen Dulles al presidente, 20 de junio de 1954, *ibid.*, pp. 1174-1175 (subrayados en el original).

<sup>29</sup> Dwight D. Eisenhower, *Mandate for Change, 1953-1956* (Garden City, 1963), pp. 509-510.

<sup>30</sup> Dulles citado en Cook, *Declassified Eisenhower*, p. 282. Véase también las notas de una reunión del grupo guatemalteco, 25 de junio de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, p. 1186.

<sup>31</sup> Citado en Peurifoy al Departamento de Estado de EUA, 27 de junio de 1954, *FRUS, 1952-1954*, 4, pp. 1189-1190.

<sup>32</sup> Cook, *Declassified Eisenhower*, pp. 375-376, n. 2.

<sup>33</sup> Ronald M. Schneider, *Communism in Guatemala, 1944-1954* (Nueva York, 1958), pp. XI, 185-217.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 301-311.

<sup>35</sup> Amy Elizabeth Jensen, *Guatemala: A Historical Survey* (Nueva York, 1955), pp. 225, 228.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp. 224, 226, 228 (subrayados míos).

<sup>37</sup> La Secretaría de Divulgación, *Así se gestó*, p. 181.

<sup>38</sup> Comité Selecto del Senado para el Estudio de la Operación Gubernamental con Respecto a las Actividades de Espionaje, *Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders*, congreso 94, primera sesión, 1975. S. Rept. 465, pp. 191-215.

<sup>39</sup> Howard J. Wiarda, *Dictatorship and Development: The Methods of Control in Trujillo's Dominican Republic* (Gainsville, 1968), pp. 172-173.

